



Círculo Rojo
EDITORIAL

LOS SURREALISMOS
DEL AMOR

LOS SURREALISMOS DEL AMOR



Doll Writer



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: junio 2022

ISBN: 978-84-1145-270-0

Impresión y producción: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Doll Writer

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

A mi oso de felpa.

1

El sonido de las gotas de lluvia al caer sobre la tumba de mi esposa hizo que llegara a la conclusión de que el clima hacía juego con mi pena. Aquello me llevó a recordar la tragedia que, con tanta rapidez, me condujo hasta la lápida en donde me encontraba de pie el día de hoy.

Era temporada de lluvia en Salzburgo, por lo que la carretera estaba mojada. Sumado a esto, los faros de mi automóvil fallaban... Cualquiera otro hubiera pensado: «Una tragedia segura».

No sé en qué estaba pensando ese día. No debí confiarme de la excelente educación vial que había adquirido desde que aprendí a conducir. Hay cosas que van más allá de eso; el sentido común y el valor que le damos a la vida, por ejemplo.

Todo marchaba bien, iba en el límite de velocidad permitido, activé el limpiaparabrisas... y, en un par de segundos, todo se convirtió en nada. Al cruzar una avenida, un motociclista se atravesó por la derecha a toda velocidad; fue tal el impacto que perdí la consciencia.

El accidente lo provocó un joven de 20 años. A esa edad, los jóvenes son tan irresponsables, pero sin embargo tienen más ganas de vivir que las que tendría alguien a los 50.

Todavía me parece escuchar el sonido de la ambulancia retumbar en mis oídos.

Al despertar, escuché pasos ir y venir a mi alrededor, antes de percatarme de la horrible escena que tenía a mi lado. Después, oí una voz masculina decirme: «¿Se encuentra bien?».

Dos hombres me ayudaron a incorporarme y salir del vehículo. Cuando logré ponerme de pie, me di cuenta de que mi automóvil estaba hecho pedazos de la parte delantera y de milagro estaba con vida.

Giré la mirada a mi izquierda, y a pocos metros de distancia, estaba el causante de todo este desastre, era aquel joven del cual no me interesé por saber su nombre. Estaba siendo revisado por los paramédicos; había resultado con varias lesiones, algunas en sus antebrazos y otras más en el pecho, cara y dorso. Pero nada que un par de semanas de reposo no pudieran solucionar. Inmediatamente pensé en mi esposa. Caminé desesperado por toda la zona acordonada con una cinta amarilla. Uno de los paramédicos me detuvo en seco con el brazo cuando quise acercarme a lo que quedaba de mi auto.

—Señor, no puede acercarse, hay riesgo de explosión. Venga conmigo a la ambulancia, tenemos que llevarlo a revisión.

Pude observar que dos bomberos intentaban quitar piezas del auto con unas pinzas. Y uno de ellos gritó: «*Hay alguien aquí atrapado*».

—Es mi esposa la que está ahí —exclamé angustiado, intentando apartarlo.

—No insista, señor, no puede pasar —reiteró.

Ante mi desesperación, empujé al hombre que me impedía pasar y logré escabullirme, solo para acercarme lo suficiente hasta donde estaban los bomberos.

Cuando me acerqué, el miedo me invadió y algo dentro de mí gritó: «¡Nooo!».

Habían logrado sacar a mi esposa, su cuerpo estaba empapado de sangre, y a los pocos minutos dictaminaron que dejó de respirar.

Un dolor intenso apareció en mi costado derecho, el cual me impidió avanzar hasta ella.

Luego me confirmaron lo que ya sabía, por lo que mi corazón se estremeció y pareció salirme del pecho para volar en dirección al lluvioso cielo y no volver jamás.

A diferencia del joven que en pocas semanas se recuperaría y volvería a estar como antes, olvidando que esto alguna vez le sucedió y recordándolo simplemente cuando le preguntan: *¿Qué te pasó en el brazo?*, mi esposa, no podría hacer lo mismo... y quizá tampoco yo.

Lo siguiente que recuerdo es cómo tomé entre mis brazos el cuerpo de mi difunta amada. Y a pesar de mi negación ante la existencia de algún ser supremo que nos vigile, grité con fuerza: *«Dios, ¿por qué a ella y no a mí?»*.

Decir aquella parte hubiese sido una deshonra para mis padres. Sin embargo, eso no me importó. Por un instante pasó a segundo plano mi ideología religiosa, y podría jurar que en aquel momento deseé que Dios existiera como los católicos lo describen: un ser amoroso, misericordioso con sus hijos y omnipotente.

Deseé que esa clase de Dios existiera, que fuera una realidad, solo así **él** podría —en caso de amarnos como los religiosos afirmaban— traerme a mi mujer de vuelta.

—Señor Landowski —una voz hizo desvanecer mi nube de pensamientos y recuerdos. Se trataba de Ámber—, ¿está bien?

Dejé de mirar con detenimiento la lápida y posé la vista en mi asistente. Se encontraba a unos pasos de mí, sostenía un paraguas negro y un vaso de café.

Eché una mirada rápida a mi ropa. Estaba empapada.

—Lleva mucho tiempo de pie aquí, ¿no cree que debería irse a casa?

Seguí sin responder. Desde el accidente solo había logrado gesticular palabra para explicarles a mis hijos lo sucedido con su madre.

Ahora no sé qué es peor: ver morir a mi esposa o que la alegría de los corazones de mis niños se fuesen apagando día tras día al hacerles falta la presencia de Delanie.

Ese era mi mayor temor. Que un día se acercaran a decirme: «Papá, nuestra madre nos hace falta».

—¿Por qué la muerte se lleva a quienes más amamos? —dije al fin.

Y esa era la pregunta que se había encontrado atascada, formando un nudo en mi garganta desde que me entregaron el cuerpo de mi amada.

Ámber me miró con tristeza y, en lugar de dar respuesta a dicha pregunta, llevó la conversación por otro rumbo, como si mi pregunta nadie pudiese contestarla, y en verdad así era. Seguramente si los grandes filósofos aún vivieran, tampoco podrían.

No importa que tan inteligente sea una persona, si no puede cambiar o detener el rumbo de la vida con sus conocimientos, para la muerte no es más que un vil tonto.

—La niñera de sus hijos acaba de llamar para avisar su salida y el cementerio pronto cerrará.

—Caminó los últimos pasos que le faltaban para llegar hasta mí y me cubrió con su paraguas una vez que estuvo cerca—. Escuche, señor, la muerte es obligatoria para todos, nadie vivirá por siempre.

—Ya lo sé, pero por qué ella tuvo que...

—¿Tuvo? —Alzó una ceja—. ¿En verdad cree usted que su esposa tuvo la libertad de decidir todo el tiempo entre vivir o morir y que eligió la muerte por gusto? No, señor Landowski, las cosas no son así. Nadie escoge si vive o muere, nadie puede tener el libre albedrío de decidirlo, nadie. —Colocó su mano en mi hombro—. La muerte nos quita a las personas que más amamos, pero eso no significa que la vida se acabe para nosotros también.

Mantuve la mirada fija en la tumba de mi mujer, en ocasiones mirando más allá para ver las gotas de lluvia caer. Después de varios minutos, solté un largo suspiro y miré la hora, faltaban 10 minutos para las 6.

—Debo irme. —Me restregué los ojos y me acomodé el cabello—. Gracias por acompañarme. —Me di la vuelta y me fui sin esperar respuesta de su parte.

La lluvia aumentó de intensidad en cuanto puse un pie afuera del cementerio, poco me importó arruinar mi traje sastre de €2000 en el momento en que tomé la decisión de caminar hasta mi casa. Caminaba a paso lento y con la vista baja, mirando de vez en cuando mis zapatos o las pequeñas hierbas que se colaban entre las grietas del pavimento.

—¡Fíjese por dónde camina!

Levanté la mirada para encontrarme con un hombre cubriéndose de la lluvia con su portafolio y presuroso de llegar a su destino; seguramente su familia lo estaba esperando en casa.

Me detuve un momento a mitad de la acera para mirar a mi alrededor, personas iban y venían de un lado para otro en esta pequeña ciudad. Todo se veía tan distinto desde que dejé de prestarle atención solo a mi vida y comencé a mirar a ambos lados.

Consecuentemente, me pregunté: *«¿Y en qué momento todo se convirtió en “solo miraré mi vida y nada más”?»*.

Tal vez si no hubiera perdido tanto tiempo dirigiendo una empresa y hubiera invertido más tiempo amando a mi esposa, tal vez y solo tal vez no habría pasado esto. Por más ilógico que suene, a veces esa es la única manera de entender que nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde.

Caminé un par de calles más hasta que decidí detenerme y mirar más allá de mis pies, de lo contrario, me toparía con otro comentario de algún hombre yendo deprisa.

Entonces, percibí una especie de fuerza extraña, como si estuviese siendo amarrado y jalado por una soga, sin embargo, aquello no era suficiente como para desear zafarme. Sacudí las manos brutalmente para romper ese lazo invisible y miré a mi alrededor.

Frente a mí se encontraba una tienda de antigüedades con un gran escaparate; pude ver desde floreros del siglo pasado hasta alfombras polvorosas.

Entre tantos objetos descoloridos, vi una pintura de colores opacados por los años y de marco desgastado. Aquel cuadro representaba a una mujer, de larga cabellera negra y ojos violáceos; tenía los labios carnosos de color carmesí y la piel más aperlada que en mi vida había visto. Se encontraba delante de un cielo en

tonos rosa y lila, detrás de diversas flores púrpuras, donde solo pude identificar a simple vista el azafrán y lavanda.

A pesar de haber sido pintada al óleo hace muchos años, como denotaban ciertos detalles, por un instante sentí que la pintura se había convertido en una ventana por la cual estaba mirando a aquella dama.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —dijo una voz masculina.

Salí de mis pensamientos y centré la vista en el hombre que se encontraba recargado en el marco de la puerta de la tienda; aparentaba más de 60 años, tenía el cabello satinado, ojos miel y portaba una gabardina oscura.

—No, gracias. Solo estaba...

—¿Le gusta? —preguntó refiriéndose a la obra.

—Ah, sí. Es... impresionante —contesté convencido.

—Su nombre es *Die Blumen des Herzens*, aunque, sinceramente, si me lo pregunta, no le encuentro mucho sentido al título. Fue pintada en 1818 por...

—¿200 años de antigüedad? —le interrumpí.

—Sí, sí, es una pintura muy antigua y bastante extraña.

—Vaya, yo no lo veo lo extraño. —Continué mirando la pieza de arte—. ¿Cuál es su precio?

—60 000 euros —afirmó al encender su cigarro. Tragué saliva fuertemente antes de contestar.

—¿No le parece bastante elevado el precio?

—Es una pintura muy antigua, cada año que pasa aumenta su valor, y entre más extraña, mejor. —Volvió a recargarse en el

marco de la puerta—. Dudo mucho que podamos llegar a una negociación usted y yo.

Lo miré pensativo. De alguna forma esta pintura me resultaba interesante, era diferente a cualquier otra cosa que yo hubiera visto antes en una galería, lo cual me llevó a suponer que, si esta mujer fue retratada, por ende, existió. Algo tan bello no podía haber sido sacado de una fantasía o de la imaginación de algún novato. Nadie tiene una imaginación tan fantástica.

—¿Qué le parecen 45 000 euros? —Alcé una ceja.

—Bueno... —Se rascó la cabeza antes de responder—, está bien, se la venderé. Se ve que es alguien culto que sabrá apreciar la belleza del paisaje. Y además es una de las piezas que he intentado vender, pero...

—La mujer combina perfectamente con el paisaje, tanto que parece formar parte de él, ¿no lo cree? El semblante del dueño de la tienda cambió a uno de preocupación. Antes de contestar, se susurró algo para sí mismo. Fue a partir de aquí que su actitud me comenzó a parecer extraña.

—Sí, claro, claro. —Miró hacia la calle y continuó fumando.

—Bien, le haré un cheque.

De uno de los bolsillos de mi saco, saqué una chequera junto con una pluma y, cuando comencé a llenar el documento, el hombre apagó su cigarrillo y volvió a hablar.

—¿Sabe?, no lo entiendo. En ocasiones, algún que otro hombre viene y se para justo donde está usted solo para ver la pintura. Se pasea gente muy rara por esta ciudad.

—¿Sí? —Arranqué el cheque y se lo entregué al hombre—. Ahí tiene.

—Déjeme darle algo en que llevársela. ¿No gusta pasar?

—No, gracias. Aquí lo espero.

El hombre asintió y volvió a entrar en la tienda. Varios minutos después, salió con una caja aterciopelada y me la entregó.

—Aquí tiene, señor... —Miró el cheque—, señor Landowski.

—Gracias, ha sido un placer negociar con usted. —Estrechamos las manos.